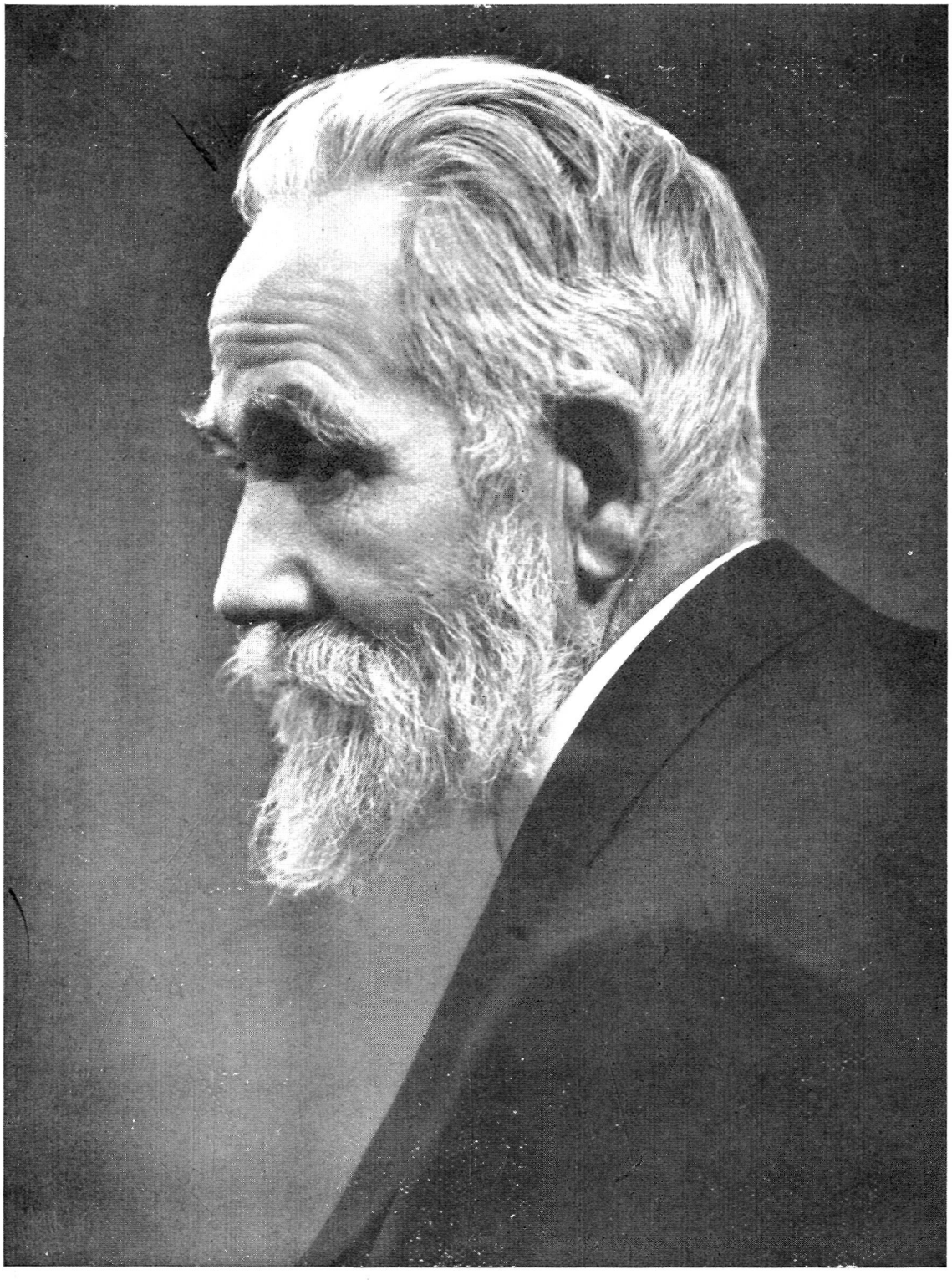
ANICETO MARINAS

ESPEJO EJEMPLAR DE ARTISTAS Y DE HIDALGOS

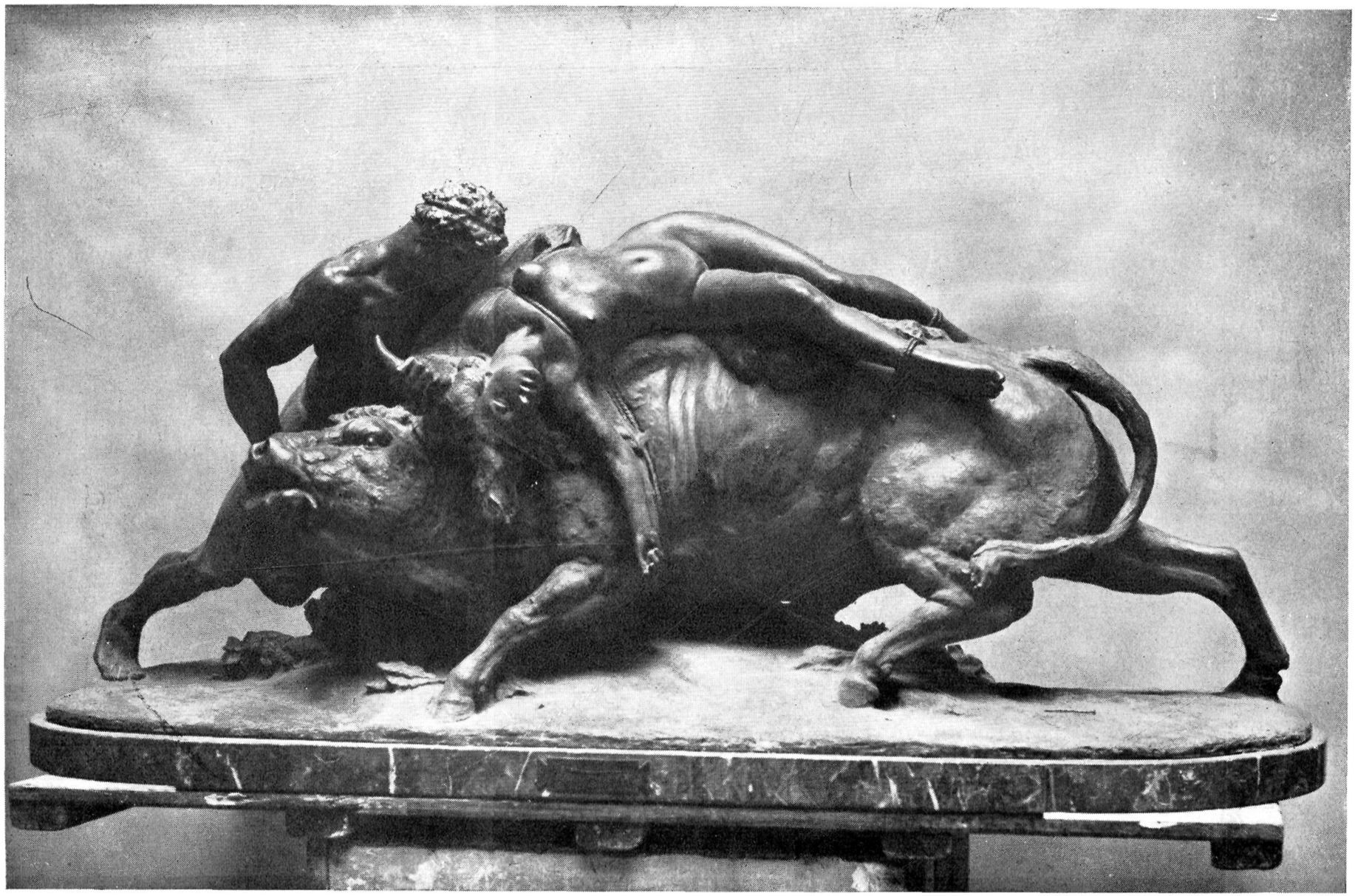
POR

JOSÉ FRANCÉS

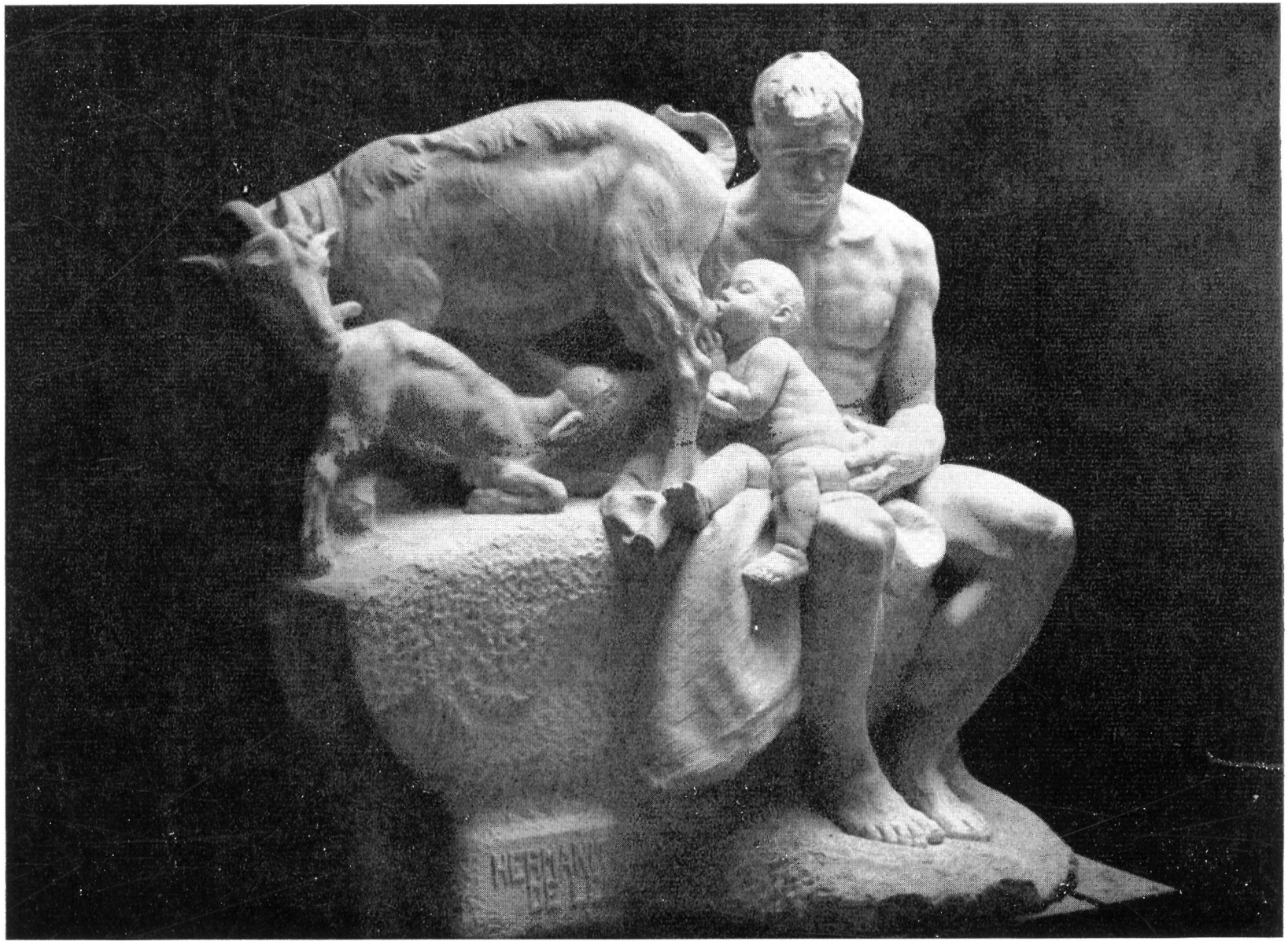
Secretario general perpetuo de la Real Academia.



1. *Retrato de D. Aniceto Marinas.*



2. ANICETO MARINAS: *Urso.*



3. ANICETO MARINAS: *Hermanos de leche* (mármol).

4. ANICETO MARINAS: *Busto* (mármol y bronce).

PRODIGIOSO arquetipo humano D. Aniceto Marinas! Aquel supremo don suyo de la modestia afable, de la sencillez sonriente, de la infinita tolerancia, de la integridad cristiana, hicieron de él la más cumplida personificación del buen hidalgo español.

Todo en Aniceto Marinas estaba ungido de virtudes raciales. Rostro y alma no se desmentían entre sí, por cómo los nobles rasgos y la nobleza de los actos se correspondían para la más elocuente ejemplaridad.

Velázquez ha esparcido por Museos universales hombres así, representativos de tal estirpe. En lenguas del mundo hablan cervantinas creaciones de parigual señorío. Y en los relatos de la epopeya del Descubrimiento, conquista y colonización de un mundo nuevo, con acento y nervio hispánicos y en místico recogimiento de cenobios, hubo, como Marinas ofrecía, viriles espejos donde asomarse generaciones leales al mandato y legado de lo ancestral.

Porque si lo físico de sus rasgos y lo pulcro de su atuendo hacían pensar en un caballero velazqueño, también la ternura de su alma, encalidecida e iluminada por el fervor religioso, le igualaba al humilde magnífico pastorcillo de Fontibres y gran poeta de Cristo, San Juan de la Cruz.

En los años incipientes de su Segovia natal aprendió a ganarse la vida como cantorcito de coro y precoz violinista, al cobijo de las majestuosas belleza y tradición de la basílica segoviana.

Pero, pronto y bien, en plena adolescencia, atendió la llamada del

arte plástico. Por igual el instinto de modelar formas y fijar en líneas y colores —pues en Marinas había siempre un pintor no menos excelente que el gran estatuario— le fueron propicios el estímulo y la eficaz confianza ajenos, y tuvo ocasión de ir a Italia, a aquella Academia de España que tanto contribuyó a la formación y gloria de los artistas españoles, a fines del siglo XIX y primeros años del presente, quienes muchos de ellos rigieron luego como Directores los destinos prósperos de la Institución, en grave peligro actual de perder sus prerrogativas y funciones específicas.

Importa recordar siempre varias de las obras representativas y características del gran escultor.

Y que, incluso, señalan simbólicamente la trayectoria vital, serenamente recta, conmovedoramente apasionada del artista y sus tres directrices fundamentales: la honda fe en lo divino; la ternura hacia lo humano y el ardor nunca amortiguado del arte, como expresión perfecta de los dos sentimientos anteriores.

Porque Aniceto Marinas, castellano de Segovia —que es doble castellanía—, y que hubo de alzar estatuas, narrar en relieves y tallar en imágenes, gentes, historia y santos de su raza y de su patria, fué también el escultor de sí mismo. En el barro de su infancia sin fortuna, sobre la piedra dura de su juventud, en el bronce sonoro de su madurez —y, además, en la encinada y roblediza reciedumbre de su temperamento nunca desmentido ni decadente— modeló, talló, esculpió y fundió el gozo y el dolor con la ilusión y la cristiana fe de su existencia personal. Imaginero y estatuario de sí propio, sin pecado de petulancia pubescente ni declinación melancólica de vejez.

No necesita ser evocado y situado en lo que se suele llamar "arte de otra época" o "gusto de otro tiempo".

Así desde el *Monumento a las Cortes de Cádiz* —que perpetúa uno de los hechos históricos más decisivos de la dignidad cívica del pueblo

español contra la tiranía del nefasto reinado fernandino— hasta el monumento al humilde héroe de Cascorro en el más popular emplazamiento madrileño, testimonio del arrojo y valentía anónimos de un hijo del pueblo. Desde la magna sinfonía en piedra del *Cerro de los Angeles,* exaltación del catolicismo hispánico, a las tallas religiosas de *María al pie de la Cruz* y la Madre con el Hijo yacente entre sus brazos, que pueden y deben ser consideradas entre las mejores creaciones de nuestra imaginería clásica.

Desde el brío palpitante y arrogante del monumento al *Dos de Mayo,* a la sobriedad y elegancia de la estatua sedante de Velázquez, tan adecuada y certeramente colocada ante el Museo del Prado.

Y aún hemos de destacar otras dos creaciones donde alma y arte del gran escultor quedan expresadas con robusto estilo y delicado sentimiento: el grupo que le valió la concesión de la Medalla de Honor y el símbolo maternal que se enorgullece de poseer el Museo de la Real Academia de San Fernando.

Si aquél puede parecer, en la idea y el título, motivo de desdén para ciertas gentes de hoy, dadas al necio afán negativo de lo tradicional en arte y de lo humano en la vida, a las turbas profesionales o contagiadas de ismos transitorios caídos en la máxima estupidez de lo que llaman arte abstracto, lo cierto es que responde a lo más acendrado del sentimiento en un hombre puro de sentimiento y sano de acción como Aniceto Marinas: *Hermanitos de leche,* donde a un tiempo mismo lactan de las ubres de una cabra el hijo de ésta y un hijo de hombre, y que señalan, además, la natural condición de amar a las buenas y humildes bestias, que todo ser bien nacido no deja de sentir.

En cuanto a los bellísimos concepto y ejecución de la *Maternidad,* expresados por un seno de mujer que nutre al chiquillo desnudo, está bendecido de infinita poesía realzada por la sabia delicadeza, el sensible y sinsitivo escrúpulo técnico de un verdadero artista.

Dentro de la plenaria dedicación de Aniceto Marinas al norte estético de su existencia, ha de señalarse también, y con singular relieve, el fervor demisecular a la Academia, tan dilatado y limpio como su propia vida.

Desde que ingresó el 15 de noviembre de 1903 hasta su muerte, acaecida pocos días antes de reanudar las sesiones del curso 1953-54, cuando ya se proyectaba festejar con adecuado alborozo y solemnidad sus bodas de plata con la Corporación, ¡qué amplia y profunda persistencia de buen y fértil servicio y cuán inteligente efusión, culminantes en los tres años de la suprema categoría de Director!

No olvidemos, por ejemplo, la importante moción personal que la Academia hizo suya, solicitando el justo, el legítimo restablecimiento de la sala de escultura contemporánea en el patio central del Museo de Arte Moderno, para que las obras de los maestros de fines del XIX y principio del XX, demostrasen a las gentes de hoy y de mañana su espléndido significado y tuvieran el respeto que se merecen.

Sólo la muerte pudo impedirle de acudir cada lunes a las juntas semanales. Pero ¡cuánto suponía de fuerte voluntad, de dominio sobrehumano de sí mismo aquella asídua fidelidad! Como también la preocupación constante, el generoso darse a las obligaciones de su cargo.

Estaba casi ciego; sus piernas hinchadas apenas le consentían andar y permanecer de pie; su corazón le latía en constantes presagios de malaventura.

Y, sin embargo, D. Aniceto Marinas venía y se iba sonriente —entre el respeto admirativo de sus contemporáneos de diversa edad y responsable condición artística, ante los testimonios antiguos o recientes de su obra personal—, con enérgico optimismo, con afanes altruístas y generosos, sintiéndose sencilla, alegre y modestamente, vivir en el morir de cada día...

RELACION BIOGRAFICA DEL EXCMO. SR. D. ANICETO MARINAS GARCIA

Nació en Segovia el año 1866. Falleció en Madrid el año 1953.

Premiado por el Estado en la Academia de España, por oposición, el año 1888.

Catedrático, por oposición, de Modelado y Composición decorativa en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid.

Elegido Académico de número en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el 9 de diciembre de 1902. Ingresó el 15 de noviembre de 1903. Tema de su discurso: *El arte decorativo.*

Elegido por unanimidad Director de la Real Corporación el 27 de diciembre de 1950.

Comendador de número de la Orden de Isabel la Católica (1899).

Gran Cruz del Mérito Militar (1909).

Gran Cruz de Alfonso XII (1923).

Gran Cruz de Alfonso X el Sabio (1945).

RECOMPENSAS OFICIALES.

Segunda Medalla en la Nacional de Bellas Artes de 1887 por su obra *San Sebastián Mártir.*

Segunda Medalla en la Nacional de 1890 por *Descanso del modelo.* (Una reproducción de esta obra obtuvo la Medalla de Oro en Murcia el año siguiente.)

Primera Medalla en la Nacional de 1892 por el grupo escultórico *2 de Mayo de 1808.*

Primera Medalla en la Nacional de 1889 por su estatua de *Velázquez.*

Medalla de oro en Buenos Aires por la fuente *Pescadores pescados.*

Medalla de Honor en la Nacional de 1926 por el grupo *Hermanitos de leche.*

OTRAS OBRAS.

Monumento a las Cortes de Cádiz.

Monumento al Corazón de Jesús, en Madrid.

Ligia y Ursus. (Grupo escultórico.)
Milagro del pozo amarillo y *Pacificación de los mandos.* (Altorrelieves en la iglesia de San Juan, de Sahagún.)
Alegoría de la Libertad en el monumento a Alfonso XII, de Madrid.
Monumento a *Eloy Gonzalo* (Madrid).
» a *Daoiz y Velarde* (Segovia).
» a *Juan Bravo* (Segovia).
» a *Legazpi* (Zumárraga).
» a *Guzmán el Bueno* (León).
» al *Padre Flórez* (Villadiego).
» a *Moreno Nieto* (Badajoz).
» a *Concepción Arenal.*
» al *General Varela.*
Judit y Holofermes.
Imágenes de Santa Teresa y San Juan de Sahagún.
Y entre sus bustos y retratos se destacan el de la esposa del artista (propiedad de la Real Academia) y los de Marañón, Benlliure y señora de Francés...